

Evocación del San Froilán de Lugo

Cuando llegan los primeros días de octubre, me encuentre donde me encuentre, el corazón me brinca, pensando en las fiestas de Lugo, a mí, leonés hasta la sustancia. Este lo han de comprender bien mis paisanos de Villafranca. Pero yo soy por añadidura, un villafranquino del “otro lado”, pasando el puente. Toda mi infancia la tuve asomada al viento húmedo de los Colmenares, al viento misterioso y cético que conserva a los castaños en verdor y en fecundidad. ¡Buen aire para mis ojos de poeta aprendiz!

Frente a la casa de mis padres se extienden unos metros de paredón. Es como el muelle de un puerto, o al menos así se me imaginaba. Los hombres y las mujeres de humilde condición, en él alivian el peso de sacos y banastas, de manojos de injertos y de garrafones de aguardiente. Luego vienen los carros y los camiones. Desde el paredón les aúpan los modestos negociantes sus riquezas. Allí se alza toda la algarabía de la esperanza, pronosticando el éxito de los pimientos, del vino, de las uvas sabrosas del Bierzo para apagar la sed de los romeros en Lugo.

A mí me gustaba, sobre todo, aquel coche envejecido proclamando por sus cuatro costados una invitación maravillosa: “Ferias, Fiestas y Mercados”. Era un coche mixto, que a un tiempo servía para las personas, para las mercancías y para los animales, con perdón. Mi padre cerraba el trato del viaje, que no había tarifas a precio fijo, y allá íbamos los dos camino del San Froilán. El dirá que lo hace por mí, por mi tierna y agradecida alegría de niño, pero no puede engañarme. Yo conozco mejor que nadir- bueno, después de mi madre- la humedad que le nace en los ojos azules tan pronto marchamos por Pereje y Trabadelo. Toda su sangre herrera -villafranquina con hondos manantiales en Fonsagrada- se le pone alerta cuando rozamos los montes de Cervantes. Llenos de oscuras resonancias. “Hijo, por aquí veníamos tu abuelo y yo cuando no había coches ni luz eléctrica, trayendo le hierro de los Mazos”. “Hijo aquella alta montaña es la del Milagro del Cebrero, desde donde Lugo se ve ya si no es la niebla”. A mí me corre un estremecimiento de emoción por la espalda, pero lo disimulo porque un chico no debe parecer mariquita, digo yo. Piedrafita, Doncos, Los Nogales, Becerrá, Neira de Jusá, El Corgo... Toda una geografía enterrada en lo profundo de la memoria, se me sale a flor de labio, casi a flor de lágrimas cada año por estas fechas.

Llegábamos a Lugo a media mañana, mi padre impaciente por la misa y el sermón de la Catedral, yo por más banales inquietudes. La capital se nos anticipaba por las “casa del Sacramento” nunca sentí curiosidad por los motivos de su titulación; me bastaba y me placía su nombre como campanas a la hora primera. En seguida, el cuartel de las Mercedes, el barrio de San Roque donde nos esperan los parientes de la calle de las huertas, la puerta de San Pedro que nos daba entrada al cogollo de la ciudad jaranera...

Lugo era para mí una ciudad populosa, de tránsito difícil, donde me sentía agobiado por el hecho de que todo el mundo por la calle me desconociera. Ahora, de

vuelta ya de muchas cosas. Lugo me sigue pareciendo una ciudad importante, con una importancia distinta, hecha de autenticidad y de nobleza. Su aroma no se improvisa. Es el sol de la tarde visto en sus últimos alardes desde el Parque de Rosalía. O el del centeno, o el de las mozas cuando vienen al domingo de su nombre, con corpiños bienolientes a pechos firmes y a manzanas.

A mediodía, la gloria me parecía aquel recinto del ferial, donde mi padre me presentaba con orgullo a los parientes lejanos de Fonsagrada, de Riotorto, de Ferrería del Valle de Oro. A mí me llenaba de vanidad mi prestigio de estudiante. Los parientes acudían a vender varas y aperos de madera para la labranza, navajas de buen corte, calderos de hierro negro para cocer la comida de los cerdos, siempre con perdón. SE dolían de que en Barcelona hacían calderos más baratos, blancos y brillantes, yo creo que galvanizados. Pero ellos seguían año tras año con su industria familiar, incansables y quejicosos. Yo sacaba de regalo una vara que me sobrepasaba en mucho y algunos reales. Pronto el pulpo, el caldo inefable, la empanada de sardinas, nos ponían el estómago agradecido y el corazón cada vez más contento. EL tiempo corría ligero, con bandas de música y orfeones, y el alma se nos llenaba para todo el año, a mi padre y a mí, de una caliente y honda romería.

Siempre me llama San Froilán, me encuentre donde me encuentre, con sus campanas de plata y sus gaitas y su pólvora. Las cosas exteriores, las simples circunstancias, fueron cambiando. Hubo un tiempo en que, mejor lucir una vara, me convino lucir una moza. Y ahora que pasan los años ¡lo que son las cosas!, volvemos siempre, volvemos a lo de mucho antes. Una vara firme me hace más servicio que una rapaza. Mi padre y yo, volvemos siempre, ahora más de prisa, en un coche que yo mismo conduzco, sin miedo a los terribles precipicios de Piedrafita o de Cruzul. Pero en esencia, la emoción es la misma de siempre: lo mismos castaños de Pereje y de Trabadelo, los eternos montes en los húmedos ojo azules de mi padre. Y en mi corazón, cada vez más hecho, el paisaje de las fiestas de Lugo, el paisaje de mi infancia

Antonio Pereira